

EL CREPÚSCULO SE EXTENDÍA sobre la ciudad. Todo el cielo era una gran llama dorada. Un vaporcito blanco, procedente de la isla Margarita, se aproximaba a la orilla del río surcando rápidamente las aguas. De pronto, el barco lanzó un agudo pitido, parecido a un salvaje grito de muerte. El sonido rebotó en las rocas de la colina Gellért y, después de trazar un arco invisible, se elevó en el cielo y en él se extinguió.

Del monte, teñido de colores primaverales, descendían parejas de enamorados. Las mujeres arrastraban lánguidamente por el suelo sus sombrillas mientras los hombres caminaban en silencio.

En la orilla, un hombre sin sombrero, cruzado de brazos e inmóvil, contemplaba el agua en la que, susurrantes e

incansables, se perseguían trémulas olas con reflejos cobrizos. Los laterales del río, en forma de anfiteatro, rebosaban de gente: ancianos caballeros, damas con la juventud ya lejana, que daban su habitual paseo, muchachas del brazo, y criadas aprovechando sus momentos de asueto. Todo el mundo contemplaba vagamente las cambiantes olas del río.

En el lado de Buda, un joven paseaba entre dos castaños, reiterando incesantemente su deambular.

Casi de modo imperceptible, empezó a caer la noche y el crepúsculo trajo consigo una tenue y fría lluvia entre los dos árboles. De vez en cuando, como cansado, el joven se dejaba caer en un banco cercano.

Al fin abandonó el lugar, se dirigió hacia la orilla de Pest y, una vez hubo atravesado el puente, se encaminó hacia el Hotel Griff. Una vez en éste, se encerró en su habitación y, sentado al borde de la cama, encendió un cigarrillo, que se fue consumiendo entre los dedos dejando en el aire unas largas y temblorosas volutas de humo.

Al poco, el joven encendió la lámpara que había sobre la mesa y sumergió la cabeza en el círculo de luz proyectado por la pantalla y empezó a escribir una carta.

QUERIDO AMIGO,

Te ruego me perdones si te importuno con una carta tan extensa. Estoy en mi habitación del hotel y acabo de cerrar la puerta con llave. Inclinado sobre la mesa, te escribo. Mi pluma se va deslizando sobre el papel y veo cómo se suceden velozmente, en la blanca cuartilla, los negros caracteres. Es mi corazón el que dicta la carta; es mi corazón el que mueve mi mano y dirige la pluma.

La persona que hoy te ha saludado con un tímido saludo, en el vestíbulo del hotel, y acto seguido se ha alejado rápidamente, segura de que no la habías conocido... era yo. Me resultaría imposible explicarte el porqué de mi huida, y

la causa de que no me haya detenido para hablarte y preguntarte cómo te encontrabas, dónde has estado durante tanto tiempo y si eres o no feliz...

Ningún motivo justifica mi huida. He subido enseguida aquí, a la habitación, me he estirado en el sofá y he permanecido inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Los recuerdos han asaltado mi mente, vociferantes, atropellándose unos a otros, como pedazos de hielo en la tumultuosa corriente de un río invernal.

Pero dime: ¿acaso te acuerdas de mí? ¿Recuerdas todavía la ancha calle de nuestra pequeña ciudad, las bellas puestas de sol y el olor a alcohol de nuestras colecciones de insectos? ¿Te acuerdas aún del manual de Literatura, de la casa de los Boncos, de la pequeña habitación sin adornos que olía a tabaco, de las tazas de café, de los nombres de las plantas en latín, de las emociones producidas por los experimentos de Física, de las imprevistas visitas a nuestra escuela del inspector, que usaba lentes y era tan déspota que el pobre profesor de Física se sentía un niño ante él...? ¿Te acuerdas de las clases de Gimnasia con sus ejercicios en la barra fija y en las paralelas, las alegres fiestas de la cucaña en mayo, las primeras y anhelantes borracheras, los delicados pies de gacela de las niñas y el misterioso perfume de

sus trenzas color castaño? ¿Recuerdas las patillas color pan dorado del señor director Simon, nuestras secretas visitas a la dudosa casa situada en el arrabal de la ciudad, las estuendas meriendas en casa de los Beniczky, el declinar de la tarde bajo los viejos y austeros arcos, cuyas hojas temblaban, obedientes, en la brisa del ocaso? ¿El magnífico manto amarillo adamascado, el aroma de las frambuesas nevadas de azúcar en el cuenco de cristal...? ¿Te acuerdas aún de los felices tiempos de nuestra vida estudiantil, llenos de desesperación, de angustiosas emociones, de ardientes esperanzas, de delicias y de goces...?

Contéstame: ¿te acuerdas aún de mí? ¿Recuerdas los días en que nosotros, hombres serios de quince años (porque nos considerábamos como tales), nos prometimos solemnemente conservar intacta, imperecedera y sagrada nuestra amistad, y no abandonarnos nunca ni en la buena ni en la mala fortuna? Así, cogidos de la mano, con el corazón lleno de sofocantes emociones, habitados por una gran y misteriosa intuición, nos hallábamos ante la puerta de la vida, cuyas gigantescas hojas se iban a abrir para nosotros, sumergiéndonos en una cegadora luz y en un reconfortante calor.

¿Qué iba a ser de nosotros? ¿Qué sorpresas nos tenía reservadas la vida?

Pero el tiempo ha pasado; somos ya unos hombres hechos y derechos. Y nos hallamos aquí. No te había visto desde hace quince años, y ahora te confieso que también yo estaba un poco enamorado de la pequeña Beniczky. Como muchacho ingenuo, ello me parecía prueba de una debilidad y me avergonzaba de tal cosa. Han pasado muchos años desde entonces y he podido darme cuenta de que la batalla más áspera de la vida es el amor. Puedo asegurarte que, a la edad de treinta años, he proferido exclamaciones de dolor durante noches enteras, ahogando mis suspiros en la almohada y sufriendo un tormento igual que si alguien me clavara cruelmente un cuchillo en la carne viva de mi corazón.

Siempre te negué que estuviera enamorado de la pequeña Beniczky. Cuando hablábamos de ella, yo hacía un ademán evasivo con la mano, sonriendo con aire displicente; tú entonces me mirabas atónito y admirado, como se mira a un ser sobrehumano. Para ti era inconcebible admitir la posibilidad de no estar enamorado de Máli Beniczky y, sobre todo, que el hombre afortunado (y éste era yo) del cual Máli estaba enamorada, no se pasase todo el día lanzado gritos de alborozo.

Porque Máli me quería a mí. Te ruego me permitas esta satisfacción; te lo suplica un hombre vencido, extenuado y

que se despide de la vida. Ella estaba enamorada de mí, perdidamente enamorada, como sólo una muchacha de catorce años puede estarlo de un estudiante apuesto y vanidoso que se niega a hacerle caso.

Los jueves por la tarde acudíamos a casa de Máli. Después de tomar café, pasábamos a la galería, donde nos entreteníamos jugando a las prendas. El padre Beniczky, sentado bajo los arcos, leía sus periódicos de Budapest, despidiendo de su larga pipa grandes bocanadas de humo. De vez en cuando, levantaba la cabeza del periódico y, mirándonos por encima de las gafas, nos gritaba:

—¡Eh, muchachos, menos alboroto!

La bulla le molestaba mucho, especialmente cuando estaba leyendo su diario. Y como el amor ya no le interesaba...

A veces, para alguno de nuestros juegos, cogíamos la tapadera de una cacerola y uno de nosotros la hacía girar sobre el suelo. La tapadera daba vueltas y más vueltas, silbando y zumbando suavemente, mientras el que la había hecho girar pronunciaba el nombre de uno de los jugadores; éste debía entonces recoger inmediatamente del suelo la tapadera.

Para aumentar la confusión y hacer el juego más interesante, a cada cual le era atribuido el nombre de otro. De

modo que, cuando me llamaban a mí, eras tú quien debía tomar la tapadera. En cambio, al sonar tu nombre, era yo quien tenía que hacerlo.

¡Era un juego tan necio...! El que perdía estaba obligado a depositar una prenda. Las chicas una cinta, unas horquillas, un anillo dorado; los muchachos: una navajita, una libreta, un lápiz. Esta prenda era restituida sólo en el caso de que su propietario cumpliera el castigo que se le imponía. Para que me fuese devuelta mi navaja con mango de nácar, por ejemplo, yo tuve que besar dos veces la mano de Andrés, primer cochero de los Beniczky.

Cuando era Máli quien hacía girar la tapadera, ella pronunciaba siempre tu nombre. Y tú, lleno de felicidad, te precipitabas sobre el objeto que giraba; pero, en realidad..., ¡me estaba llamando a mí! Diez, quince veces... Esto era una tímida y humilde declaración de amor que me hacía a mí, y tú estabas atormentado por los celos, hasta el extremo de que la frente se te cubría de perlas de sudor.

Ambos vivíamos en casa de la familia Boncos, pagando por la pensión completa veintiocho florines al mes. Tu padre desempeñaba el cargo de secretario del ayuntamiento del pueblo en el que el mío era terrateniente. También a ti te tenían por un señorito. Sin embargo, a mí todos me trata-



ban con la mayor consideración. Confíésalo: en secreto me envidiabas un poco. Pero nos queríamos mucho, ¿verdad? Fuimos condiscípulos hasta en la escuela maternal en la que la buena señora Rózsa, viuda del maestro, nos enseñó a bailar, acompañándonos con un violín. En la grande y brillante sala del colegio bailábamos el *palotas*, siguiendo, con los pies calzados de minúsculos zapatos de charol, la lánguida música del instrumento. En este momento, al humedecer de nuevo la pluma en el tintero, renace en mí el recuerdo vívido, y vuelvo a oír, limpia y extraordinariamente cerca, la dulce y suave sonoridad del violín de la señora Rózsa...

Siempre vivimos en casa de la entrañable señora Boncos. Estudiábamos en el instituto de la pequeña ciudad. Sobre el mantel pardo de la mesa y a la débil luz de la lámpara, buscábamos ambos los vocablos latinos en el enorme diccionario y nos esforzábamos hasta avanzadas horas de la noche resolviendo problemas de matemáticas.

Han transcurrido quince años desde entonces, y yo no te había vuelto a ver ni había tenido la menor noticia tuya.

Pero hace una hora te he vuelto a ver en el vestíbulo del hotel. Estabas con tu esposa, envuelta en una elegante piel y adornada con magníficas joyas, irradiando juventud y belleza femenina. Súbitamente en ella he reconocido a Máli.